

En la sección de *Colaboraciones de Misericordiae* publicamos dos sermones: uno, del P. Bartomeu Pericás, M.SS.CC, y otro, de Mn. Gabriel Amengual, sacerdote diocesano, pronunciados con motivo de la celebración del aniversario de la muerte de nuestras Hermanas, Catalina Caldés y Micaela Rullán. La próxima beatificación de las mártires y el contenido de las homilias, nos han llevado a editar estos textos en *Misericordiae*. Y lo hacemos con el deseo de que su mensaje nos impulse a vivir con radicalidad nuestro seguimiento a Jesús; que sea, también, fuente de conocimiento sobre el testimo-

Hacia la beatificación de las Hermanas Franciscanas Hijas de la Misericordia



Por: P. Bartomeu Pericás, M.SS.CC [Homilia pronunciada en el aniversario de la muerte de sor Catalina Caldés, en La Puebla, Mallorca, el 23/07/2006]

Mártires del Coll

Hermanos: Empezaré la explicación con las últimas palabras que acabáis de escuchar del evangelio, son estas: «*Y se puso a instruirlos largamente.*» (Mc.6,34). Esto quiere decir, que les hizo un largo sermón. Él podía hacerlo porque hablaba con autoridad y, según sus oyentes: «*Nunca nadie había hablado como Él.*» Pero en eso de la largueza, los predicadores no le han de imitar. Eso sí, si mi sermón es más largo de la cuenta, anticipadamente os pido perdón.

Porque hoy, 23 de julio del 2006, recordamos que hace 70 años, un precioso ramo de siete rosas blancas enrojeció con la sangre del martirio.

Vale la pena, ahora, hacer memoria de tan glorioso aniversario, ya que entre estas rosas martiriales, una brotó en nuestra tierra, es hija de este pueblo: sor Catalina Caldés.

El que os habla no fue testigo ocular del martirio, pero conoció personalmente a cuatro de los mártires, y después de la tormenta, le tocó abrir nuevamente la Capilla del Coll, aún ennegrecida por el humo de las llamas para entronizar nuevamente la antigua imagen de la Virgen, milagrosamente salvada.

En lo alto de la barriada de Vallcarca, de la ciudad de Barcelona, hay un santuario dedicado a «Nuestra Señora del Coll», que existía al menos desde el siglo XI y donde se venera una bellísima y antigua imagen románica de la Virgen.

Desde el 15 de agosto de 1928 era residencia de una comunidad de Misioneros de los Sagrados Corazones Llegados de Mallorca.

No muy lejos de allí, en el mismo camino del santuario, en un humilde convento, había otra comunidad de religiosas Franciscanas Hijas de la Misericordia, también de origen mallorquín.

En este altozano barcelonés, el Señor cortó las siete rosas rojas, de sangre martirial: el P. Simón Reynés, de Mancor de la Vall; el P. Miquel Pons, de Llubí; el hermano Francesc Mayol, de Vilafranca, y el hermano Pau Noguera, de Sóller; todos Misioneros de los Sagrados Corazones. Además, estaban las Hermanas Franciscanas Hijas de



la Misericordia: sor Catalina Caldés, de La Puebla y sor Miquela Rullán, de Petra; también, una señora viuda, Prudencia Canyellas, quien en un acto de valentía y generosidad, acogió a tres religiosos perseguidos, motivo por el que también sufrió el martirio.

Los tres primeros estaban hospedados en Torre Alzina, la casa de la Sra. Prudencia Canyellas. El día 23 de julio se presentó en la vivienda un grupo de milicianos de la CNT preguntando si había allí tres sacerdotes. Ante la respuesta afirmativa de

la señora, los tres religiosos, Simó, Miquel, y Francesc, no dudaron ni un minuto en hacerse presentes; y, apenas cruzaron el portal que daba al jardín, donde estaban sus perseguidores, fueron recibidos con descargas de fusil que los dejaron abatidos en el suelo.

Poco tiempo después, regresaron los milicianos y, al ver que el hermano Francesc aún respiraba, lo remataron con dos tiros en la cabeza. Al irse, se llevaron presa a la Sra. Prudencia.

Las hermanas Catalina y Miquela, desde el convento, fueron conducidas al comité de la FAI. Allí se encontraron con otras dos religiosas de la Compañía de Santa Teresa y con el joven hermano Pau.

El pequeño grupo recibió toda clase de insultos y maltratos. La noche del mismo día 23, los cinco, juntamente con la Sra. Prudencia, fueron conducidos a un descampado por donde pasaba la carretera que sube al Tibidabo. Allí, en un rincón, los milicianos descargaron sobre ellos una lluvia de balas.

Después de un largo proceso informativo, el día 26 del pasado mes de junio el papa Benedicto XVI autorizó la promulgación del decreto que reconoce su martirio.

Estos siete confesores de la fe, eran personas sencillas, sin ambiciones; vivían en el anonimato de una barriada obrera, en la periferia de Barcelona.

Los religiosos estaban dedicados al servicio de los fieles que acudían a la humilde capilla, reunían a los niños para enseñarles el Catecismo y hacían las obras de caridad que podían.

Las religiosas Franciscanas velaban y cuidaban a los enfermos a domicilio, enseñaban y guardaban a los pequeños mientras sus padres trabajaban.

¿En qué fuentes fueron a beber tanta malicia sus asesinos contra personas tan inocentes?

Murieron mártires. Mártir quiere decir: «Testimonio». Y ellos dieron testimonio de su fe a través de una muerte violenta. Fueron como el Maestro, «*que vino a servir y a dar la vida para el bien de muchos.*»

Este grupo, hermanado por las balas y la sangre, habla con gran elocuencia. Ojalá que todos nosotros escuchemos su mensaje de valentía y amor a Cristo, Rey de los mártires, y aprendiéramos de ellos.

Sor Catalina del Carmen



Nacida a finales del siglo XIX en una familia de La Puebla, en Mallorca, de profundas raíces cristianas, el 13 de octubre de 1921 vestía el hábito azul de las Franciscanas de Pina.

Un día del año 1930 desde Citadella de Menorca, partía hacia Barcelona y se integraba contenta a la pequeña comunidad del Coll. Aquí se entregó a servir, decidida y alegre, a la atención de los enfermos y a cuidar con ternura maternal a los niños pequeños. En unos y en otros veía la persona de Cristo, recordando las palabras del Evangelio: «*Estuve enfermo y me visitasteis... lo que hicisteis a uno de estos pequeños, me lo hicisteis a mí.*»

Según un testimonio, en aquella comunidad, sor Catalina se hacía notar por su bondad, su sencillez y su caridad. Y, según otro, era sencilla, caritativa y amorosa con los niños. Tenía siempre una sonrisa en los labios, pero

también sus ojos se empañaban de lágrimas meditando la Pasión de Jesús y ante las desgracias y sufrimientos del prójimo.

Por tanto, no es de extrañar que quien tan desinteresadamente sirvió a Dios en los hermanos, fuera premiada con la corona y la palma del martirio.

Antes de ser detenida, hubiera podido esconderse en la familia donde cuidaba a una enferma, pero prefirió regresar al convento para compartir con las hermanas el sufrimiento de aquellos momentos tan inseguros, exponiéndose a perder la vida, como así sucedió.

Sor Catalina no murió fusilada en la Rebassada, ya que las balas que le dispararon la hirieron sólo en una pierna, sin que su vida corriera peligro. Hacia las dos de la madrugada, con grandes esfuerzos, llamó a la puerta de una casa conocida, pidiéndoles un vaso de agua. Le dieron un vaso de leche y una silla para sentarse en el jardín ya que, por temor, no la dejaron entrar en la casa.

Esta familia llamó a un pariente miliciano para que la acompañara al Hospital Clínico para curarla. De hecho la recogió, pero en el camino de la Vall de Hebrón los milicianos acabaron con su vida. Sor Catalina antes había dicho: «*Si Dios quiere que muramos, moriremos.*»

Sor Catalina, virgen y mártir, ocupará la página más escogida de vuestra historia, y será una de las joyas más bellas de vuestro patrimonio espiritual.

Como cristianos y como «poblers» podéis estar muy orgullosos.

En vuestra parroquia podrá tener un altar y delante de ella podréis rezar y pedirle favores. Pero, sobre todo, será un testimonio que os tiene que animar a amar y a vivir sin avergonzaros de vuestra fe.



Pedir por la beatificación de sor Micaela Rullán

Por: Mn. Gabriel Amengual Coll. [Homilía con motivo del aniversario de la muerte de sor Micaela Rullán, en la parroquia de Petra, 30/9/2006]

Las lecturas de hoy nos han ofrecido varias ideas. De ellas, quisiera resaltar una que entronca perfectamente con el motivo que nos ha convocado aquí, en esta celebración: pedir por la beatificación de Sor Micaela. La idea no es otra que el valor absoluto del Reino de Dios. El Evangelio lo expresa de manera rotunda y clara: lo primero es el Reino de Dios, lo demás tiene que estar a su servicio. Para conseguirlo, nos tenemos que desprender de todo aquello que lo impide. El Reino está incluso por encima de nuestro grupo; por tanto, nos invita a una gran amplitud de miras, a la tolerancia, a la fraternidad universal, ya que todos estamos invitados y todos podemos participar: Dios está presente de manera amorosa en todos.

El Reino está por encima de nuestra vida, de manera que es mejor perderla que perder el Reino. El Reino es el valor en el cual nos lo jugamos todo, porque en él está en juego la bienaventuranza eterna. Por tanto, si queremos conseguirlo tenemos que estar dispuestos a romper con cualquier obstáculo que nos impida entrar en él. El Reino de Dios es la causa por la cual merece la pena vivir y dar la vida, esto es, vivir y morir.



Esta opción por el Reino está perfectamente ejemplificada en la vida de sor Micaela del Sacramento Rullán y Ribot. En unos momentos difíciles, fue valiente para dar la vida en testimonio de su fe. Formaba parte de la comunidad de Franciscanas Hijas de la Misericordia en el barrio barcelonés del Coll; una pequeña comunidad de cuatro hermanas, dedicadas a la educación de los niños y al cuidado de los enfermos de aquella barriada obrera.

Allí, el 20 de julio, dos días después del levantamiento contra la República, alrededor de las tres de la tarde, se presentó un grupo de milicianos anarquistas. Ante sus preguntas, ellas se identificaron abiertamente, no ocultando ni su condición religiosa ni su misión. Después de ciertas divagaciones, los milicianos se llevaron a sor Micaela y a sor Catalina a la sede del comité de la FAI (Federación Anarquista Ibérica), donde las tuvieron encerradas en una torre durante tres días. Allí fueron torturadas y recibieron un trato vejatorio y denigrante. Entre otras cosas, consta que las desnudaron y, obligándolas a tumbarse en el suelo, les pusieron sacos de arroz encima. Asimismo, mientras estaban privadas de todo, sus captores hacían grandes comilonas. El día 23, tras conminarlas a subir a un camión, junto a otras religiosas y religiosos, se las llevaron a la montaña para fusilarlas. En la noche del 23 al 24 mataron a sor Micaela; a otra hermana de Congregación, sor Catalina del Carmen Caldés, y a dos religiosas Carmelitas.

De esta manera, sor Micaela consumó su entrega a Jesucristo dando la vida en testimonio de su fe y de su consagración. Ciertamente este final, el martirio, es fruto de unas condiciones extraordinarias, pero no es un hecho casual, sino que responde a una vida entregada, de fidelidad y coherencia; una vida sencilla, hecha toda ella servicio a Dios y a los hermanos. De hecho, algunos testimonios han afirmado que, tanto en su despedida de Palma como a su llegada a Barcelona, expresó: «tengo el presentimiento de que moriré mártir.»

Sor Micaela nació en este pueblo de Petra, el 24 de noviembre de 1903; por tanto, en plena juventud, a los 32 años daba su vida. A pesar de ser de una familia acomodada, siempre tuvo muy clara su vocación de dedicarse a los más pequeños; una vocación a ejercer la misericordia, manifestando así el amor de Dios que nos ha sido revelado en Jesucristo. En la Congregación franciscana entró como postulante el 14 de abril de 1928, a los 24 años. Después del tiempo de formación y del noviciado, en Pina, pasó al convento de Plaza Quadrado de Palma para ayudar en la escuela de las niñas.

Tras su profesión perpetua, celebrada el 16 de octubre de 1935, fue destinada a la periferia de Barcelona; concretamente, a la pequeña y paupérrima comunidad de «Mare de Déu del Coll.»

Movida por el ansia de santidad, admiradora de los cristianos mártires, y dispuesta a darse por completo a los más pobres, los predilectos de Jesús, aquella reli-

giosa «petrera» emprendió viaje para no regresar jamás a Mallorca.

En aquel tiempo no era fácil ser y manifestarse cristiano. Tampoco lo es hoy, aunque nuestra situación sea muy diferente. En aquel momento se trató de una verdadera persecución: la gente de Iglesia era señalada con el dedo e injuriada. Hoy, en cambio, la gran dificultad, la gran «persecución», es la indiferencia, la ignorancia, la marginación, el no dar valor a nada, e incluso, considerar la fe como algo del pasado o infantil; en suma, la fe es vista como algo insignificante, que no tiene nada que decir a nuestro mundo.

Hoy, que celebramos esta eucaristía para pedir por su beatificación, es oportuno que nos preguntemos, ¿qué significa que una persona como nosotros; una mujer de Petra, una mallorquina como otras tantas, sea declarada beata o santa?

Con frecuencia, a este tipo de actuaciones se las ha tachado de ganas de hurgar en el pasado para desempolvar glorias de antaño, cuando lo que conviene es sembrar en el hoy que, por cierto, se nos presenta bastante crudo. ¿Qué cabe decir de todo esto? Personalmente lo plantearía, incluso, en términos de eficacia; esto es, en la misma terminología que plantean las objeciones.

En breves palabras, para expresar el sentido que revela la santidad de una persona, a fin de que pueda ser presentada como modelo, quiero evocar las bellas palabras del prefacio propio de la misa de los santos. Dice así:

«Con su vida, nos das ejemplo,
con su fraternidad, una familia,
y con su intercesión, una ayuda,
a fin de que también nosotros,
rodeados de una nube tan grande de testimonios,
corramos, invencibles, la carrera que tenemos propues-
ta y consigamos con ellos la corona inmarcesible de la
gloria.»

Por tanto, ¿qué nos ofrece un santo? Es en primer lugar, un ejemplo, un modelo. Ciertamente que seguimos a Jesús, sólo Él es el Maestro y el Señor. Pero hay muchas maneras de seguirlo, porque él no cambia ni nuestro temperamento ni nuestro carácter; tampoco nos libera de nuestro entorno cultural y social. El Evangelio se puede vivir de muchas maneras, y a lo largo de la historia nos encontramos con una gran diversidad de maneras de vivirlo, según las diferentes épocas, culturas y personas. Los santos nos ofrecen una manera humana y cercana de vivirlo. Ellos nos explican el Evangelio, no con doctrina, sino con su vida. Los santos son quienes sostienen la santidad en la Iglesia; son los grandes teólogos, porque han penetrado y vivido el Evangelio, que no está hecho sólo para ser estudiado y comprendido, sino para ser vivido. Y esa es su aportación: un estilo de vivir el evangelio, uno de los muchos posibles, desde una actitud peculiar, concreta y humana.

Necesitamos modelos, y hoy más que nunca. Sabemos que la identidad personal y, por ende, nuestra identidad cristiana, la construimos principalmente a través de la identificación con unos valores; más aún, por la identificación con quienes viven estos valores, los representan, los protagonizan, los personalizan, los encarnan y los irradian. Estas personas, además de enseñarnos un camino, nos lo hacen atractivo, impulsándonos a seguirlo.

Normalmente no nos movemos por teorías, sino por vidas que enganchan y arrastran; por personas cuya vida suscita en nosotros admiración y, fascinados por sus historias, nos mueven a ser como ellos.

Esto lo vemos claramente cuando observamos la influencia que tienen ciertos personajes públicos; tanta, que su vida crea modas, normas, escuelas, ya sean ciclistas, futbolistas, actrices o actores, cantantes, científicos, etc.

Un ejemplo lo tenemos en una noticia difundida estos días. La semana pasada en la pasarela de moda «Cibeles» de Madrid se excluyó a cinco jóvenes

«Hoy más que nunca, cuando parece que ya hay quien anuncia la desaparición del cristianismo y de la religión, necesitamos testimonios de fidelidad y de perseverancia; precisamos sentirnos acompañados en este intento. Necesitamos compartir nuestros valores, nuestras metas, nuestras ilusiones, nuestras preocupaciones, nuestras dudas, y nuestras certezas. Tenemos que saber a qué grupo pertenecemos, de quién somos y quiénes son los nuestros. Y los nuestros, por excelencia, son los santos. Mejor, nosotros somos los suyos o tenemos que querer serlo.»

por estar demasiado gordas; así pues, esta clase de modelos incita a las jóvenes a unos hábitos alimenticios insanos que las llevan a la anorexia. Es la fuerza de irradiación; la influencia del impulso de atracción e imitación de aquellos que admiramos. Todo lo que nos parece noble y grande, incita a la imitación; al menos, marca un camino, aunque suponga esfuerzo, una orientación hacia dónde debemos avanzar.

También nosotros en nuestra vivencia de fe, requerimos modelos. Necesitamos ver a las personas que han vivido el evangelio a la perfección: con una vida coherente, bella, con elegancia, de tal manera que tengamos una imagen clara y próxima de la infinita fecundidad del mensaje de Jesús. Necesitamos arquetipos, ejemplos de vida cristiana, y esto es lo que nos ofrecen los santos. Los necesitamos próximos, que sean de los nuestros, no lejanos en el tiempo y en el espacio.

Con su fraternidad nos ofrecen una familia. Para vivir la fe, como para vivir cualquier estilo de vida,

se necesita familia, o sea, comunidad. Los sociólogos dicen que siempre vivimos en «comunidades cognitivas» o culturales, es decir, en grupos que comparten unos mismos valores, una misma interpretación del mundo, unas metas y unos fines últimos. No vivimos ni podemos vivir solos. Hoy más que nunca, cuando parece que ya hay quien anuncia la desaparición del cristianismo y de la religión, necesitamos testimonios de fidelidad y de perseverancia; precisamos sentirnos acompañados en este intento. Necesitamos compartir nuestros valores, nuestras metas, nuestras ilusiones, nuestras preocupaciones, nuestras dudas, y nuestras certezas. Tenemos que saber a qué grupo pertenecemos, de quién somos y quiénes son los nuestros. Y los nuestros, por excelencia, son los santos. Mejor, nosotros somos los suyos o tenemos que querer serlo. Ellos son los grandes pilares de la Iglesia; los que la mantienen, la impulsan y la espolean; los santos son quienes marcan el camino, los que hacen tradición. Ellos son nuestra guía.

«Con su intercesión, una ayuda», interceden por nosotros. Con ellos vivimos la «comunidad de los santos»; es decir, ponemos en común lo más importante que tenemos:

la fe, la oración, los bienes que Dios nos da. La intercesión es el acto de compartir más importante en nuestra gran comunidad de vida formada por todos los cristianos, esta gran comunidad católica extendida por toda la tierra y la que nos precedió a lo largo de la historia. Es muy grato sentirse acompañado, y, sobre todo, acompañado en lo más íntimo e importante de nuestra vida, que es la fe. Como dice el prefacio anteriormente citado, esta ayuda está claramente orientada a alcanzar la meta

decisiva y última: la gloria, la meta en la cual nos lo jugamos todo, esto es, la bienaventuranza eterna.

Ciertamente que hay otros motivos para querer conocer a los santos. He hecho mención de los tres que señala el prefacio: los santos nos brindan: ejemplo, familia e intercesión. Podríamos añadir algunos motivos más, si bien sólo quiero referirme a éste: tenemos que conocer la obra de Dios en nuestra historia; la gracia de Dios que, de manera incesante sigue dándose a quienes se abren a ella. Conociendo la gracia de Dios, le daremos gracias y reconoceremos que está siempre presente entre nosotros; que hay puntos de luz en nuestra historia en los que puede descubrirse la obra de Dios, el paso de Dios, entre nosotros. Estos puntos de luz, hermanos, son los santos.

Hermanas y hermanos, que el recuerdo de la vida y muerte de sor Micaela nos anime a seguir más a Jesús; Él que, como ahora celebramos en la Eucaristía, se entregó y dio su vida para todos nosotros. Que esta eucaristía nos contagie un poquito más la vida de entrega a Dios y a los hermanos.